VERANO | 12

EL SIGLO EN LA MIRADA DE SUS PRINCIPALES PROTAGONISTAS

T. E. Lawrence

Thomas Edward Lawrence (1888-1935) más conocido como Lawrence de Arabia, el autor de *Los siete pilares de la sabiduría*, encarnó anticipadamente el prototipo del héroe hemingwayano. Fue un mito, una leyenda, incluso para sus contemporáneos. A los 18 años peregrinó en bicicleta por los caminos que llevan a los castillos medievales de los cruzados en Francia y en Medio Oriente; a los 20 era arqueólogo, y poco antes de cumplir los 30 era el jefe de la Revuelta árabe contra los turcos y los alemanes. Cuando en 1919 fracasó su misión en la conferencia de Paz en París, adonde había ido como embajador de la causa por la independencia árabe, Lawrence se reinventó a sí mismo bajo distintos nombres falsos, enrolándose como soldado raso. Los motivos que lo llevaron a renunciar a la gloria pública e incluso a su identidad son "el urgente deseo de ir hacia abajo, en busca de esa seguridad que se siente al saber que no se puede caer ya más". Murió en 1935, a causa de un accidente, mientras viajaba en motocicleta.
Los siete pilares de la sabiduría se mencionan por primera vez en la Biblia, en el Libro de los Proverbios ("La sabiduría ha edificado una casa; ha tallado sus siete pilares"). Lawrence había dado originariamente el título a un libro acerca de siete ciudades santas. Decidió no publicarlo por considerarlo inmaduro, pero transfirió su título. como un homenaje, al libro donde narró su participación en la Revuelta árabe. *Los siete pilares*, publicado por primera vez en español por la editorial Sur (en versión de un enigmático traductor que prefirió ocultarse detrás de las siglas R.A.), es algo así como una obra maestra.
Lawrence soñó con crear un imperio árabe; pero ese sueño se desvaneció. Entonces escribió. Después de su muerte, el rey Jorge V le escribió al hermano de Lawrence: "Su nombre vivirá en la historia". Es cierto. Pero también vivirá en los anales de la guerra y en las leyendas de Arabia. Y en la literatura inglesa.



Guerra de guerrillas

Durante unos diez días permanecí en aquella tienda sufriendo de una debilidad corporal que me obligó, hasta que hubo pasado mi vergüenza, a arrastrar y a esconder mi animalidad. Como ocurre en tales circunstancias, mi mente se despejó, mis sentidos se aguzaron y, por fin, comencé a pensar ordenadamente en la rebelión árabe como medio habitual de combatir mis sufrimientos. Debía de haber pensado en todos sus aspectos mucho tiempo antes, pero el desembarcar por vez primera en el Heyaz hubo una urgente necesidad de acción, de suerte que hicimos lo que mejor pareció a nuestro instinto, sin escudriñar el porqué y sin formularnos lo que realmente pretendíamos conseguir en última instancia. Se sobrepuso, pues, el instinto a todo, sin una base de conocimientos previos, y la reflexión se hizo intuitiva, femenina, hasta el punto de que ahora podía debilitar mi confianza. Por eso durante dicha forzada inactividad estuve buscando el equilibrio entre mis lecturas y mis actividades, empleando los intervalos que me concedían los agitados sueños en desenredar la maraña de nuestro presente.

Podía desgraciadamente dirigir cuanto quisiera de la campaña, pero carecía de práctica. En lo que toca a la teoría militar, estaba tolerablemente instruido, pues la curiosidad oxoniense me había llevado de Napoleón a Clausewitz y a su escuela, a Caemmerer, Moltke y los franceses más modernos. Todos ellos parecían unilaterales, y después de leer a Jomini y a Willisen encontré principios de mayor amplitud en Saxe, Guibert y el siglo XVIII. No obstante, Clausewitz era, desde el punto de vista intelectual, tan superior a todos ellos, su libro era tan lógico y atractivo que inconscientemente acepté sus tesis, hasta que una comparación entre Kuhne y Foch me hizo aborrecer los soldados, hastiándome de su gloria oficiosa y colocándome en actitud crítica frente a todo su saber. En todo caso, mi interés había sido abstracto, relacionado con la teoría y con la filosofía de la guerra, especialmente desde el punto de vista metafísico.

Pero sobre el terreno todo había sido concreto, particularmente el fatigoso problema de Medina, y con el fin de distraerme de ello comencé a recordar máximas apropiadas para la conducción de la moderna guerra científica. Pero estas máximas no eran adecuadas y acabaron por cansarme. Hasta este momento Medina había sido una obsesión para todos nosotros, pero ahora que estaba enfermo, su imagen me resultaba borrosa, ya fuera porque estábamos cerca de ella (raramente nos gusta lo asequible) o porque mis ojos se hubiesen ofuscado por la fija contemplación del propósito. Una tarde me desperté después de un agitado sueño, empapado en sudor y acribillado por las moscas, y me pregunté para qué diablos necesitábamos Medina. Su carácter nocivo había sido evidente cuando estábamos en Yenbo y los turcos iban a marchar sobre la Meca. Pero con nuestra marcha hacia Uejh habíamos logrado cambiar la situación. En la actualidad bloqueábamos el ferrocarril y el enemigo se limitaba a defenderlo. La guarnición de Medina, reducida a dimensiones inofensivas, estaba atrincherada, destruyendo su propia capacidad de movimiento al absorber los transportes que no podía ya mantener. Nosotros habíamos eliminado la posibilidad de que nos causaran algún daño y todavía nos preocupábamos de eliminar la ciudad. No era para nosotros una base como la de Uejh ni una amenaza como el Uadi Ais. ¿Para qué diablos la necesitábamos?

El campamento se estaba agitando después del letargo del mediodía; los ruidos del mundo exterior comenzaron a filtrarse hacia mí desde el forro amarillo de la tienda, cuyos agujeros y desgarraduras atravesaban los puñales de la luz solar. Oí el piafar y resoplar de los caballos que, importunados por las moscas, se agitaban a la sombra de los árboles, los lamentos de los camellos; el repique de los morteros de café; disparos distantes. Sobre este acompañamiento comencé a canturrear el objetivo de la guerra. Los libros lo concretaban: la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo por el único medio: la batalla. La victoria sólo podía ser comprada con sangre. Esto mal podía aplicarse a nuestro caso. Como los árabes no poseían fuerzas organizadas, un Foch turco carecería de objetivo. Los árabes no soportarían las bajas. ¿Cómo adquiriría su victoria nuestro Clausewitz? Von der Goltz pareció ahondar más en el asunto cuando dijo que era necesario no aniquilar al enemigo, sino quebrantar su moral. Pero nosotros no teníamos ninguna perspectiva de quebrantar la moral de nadie. Con todo, Goltz era una patraña. Todos esos hombres debían de hablar en metáfora, pues nosotros estábamos indudablemente ganando nuestra guerra, y, tras una sesuda reflexión, caí en la cuenta de que habíamos ganado la guerra del Heyaz. De cada mil millas cuadradas de terreno en el Heyaz estaban ahora libres novecientas noventa y nueve. La broma que le hice a Vickery, al decir que la rebelión se parecía más a una paz que a una guerra, ¿era tan verdadera como apresurada? En la guerra dominaba lo absoluto. Pero para la paz era suficiente la mayoría. Si reteníamos lo restante, en buena hora se quedaran los turcos con la menuda fracción en que se apoyaban hasta que la paz o el día del juicio les mostrara la inutilidad de adherirse al cristal de nuestra ventana.

Pacientemente aventé de nuevo las mismas moscas que se posaban sobre mi cara, contento de saber que habíamos terminado y ganado la guerra del Heyaz: que la hubiéramos ganado desde el día en que capturamos Uejh si hubiéramos tenido suficiente agudeza para comprenderlo. [...]

Mi comienzo doctrinal había sido consolador, pero fue abandonado por el momento a fin de descubrir alternativamente los fines y medios de la guerra. Nuestra lucha no se parecía al ritual del que Foch era un sacerdote. Lo recordé para establecer una diferencia esencial entre él y nosotros. En su guerra moderna –que llamaba guerra absoluta– dos naciones que profesaban filosofías incompatibles las sometían a la prueba de la fuerza. Desde el punto de vista filosófico, esto era idiota, pues mientras las opiniones podían ser discutidas, las convicciones necesitaban los tiros para ser curadas. Y la lucha solamente podía terminar cuando los defensores de uno de los principios inmateriales no dispusieran ya de más medios de resistencia contra los defensores del otro. Esto parecía una restauración para el siglo XX de las guerras religiosas, cuyo fin lógico era la completa destrucción de un credo y cuyos protagonistas creían que prevalecería el juicio de Dios. Eso podía ser cierto para Francia y Alemania, pero no representaba la actitud británica. Nuestro ejército no estaba conscientemente manteniendo una concepción filosófica en Flandes o en el Canal de Suez. Los esfuerzos realizados para hacer que nuestros hombres odiaran al enemigo daban usualmente por resultado que acabaran por odiar la lucha. En rigor, Foch había dejado fuera de combate a su propio argumento al decir que tal guerra dependía del reclutamiento en masa y que resultaba imposible para los ejércitos profesionales; el antiguo ejército seguía siendo el ideal británico y su modo de ser constituía la ambición de nuestros soldados. La guerra de Foch me parecía una mera variedad exterminadora, no más absoluta que cualquiera otra. Podía muy bien ser calificada de "guerra asesina". Clausewitz enumeraba toda clase de guerras... guerras personales, duelos por procuración, por razones dinásticas... guerras de expulsión, de partidos políticos... guerras comerciales... raramente una se parecía a la otra. Con frecuencia los contendientes desconocían sus propósitos y disparataban hasta que la marcha de los acontecimientos se sobreponía a ellos. La victoria solía inclinarse por el que tuviera la visión más clara, aun cuando la suerte y la inteligencia superior pudieran embrollar la ley inexorable de la naturaleza.

> "Una muerte individual puede producir un agujero momentáneo, como una piedra lanzada sobre el agua. Pero desde allí se extienden ondas de dolor".

Me preguntaba por qué Feisal quería combatir a los turcos y por qué los árabes le ayudaban, y advertí que su propósito era de carácter geográfico: arrojar a los turcos de todos los territorios asiáticos de lengua árabe. Su ideal pacífico de libertad solamente podía conseguirse de este modo. Persiguiendo las condiciones ideales podíamos dedicarnos a matar turcos porque nos desangraban mucho, pero la matanza era un lujo. Si se marchaban tranquilamente, la guerra terminaría. En caso contrario, los acosaríamos o intentaríamos expulsarlos. Como último recurso nos veríamos obligados a recurrir a un desesperado derramamiento de sangre y a seguir las máximas de la "guerra asesina", aunque al menor costo posible para nosotros, pues los árabes luchaban por la libertad y éste era un placer que solamente podía ser experimentado por un hombre vivo. La posteridad era algo demasiado frío para trabajar por ella, sin que importara hasta qué punto pudiera un hombre amar a sus propios hijos o a los ajenos. [...]

Cuando hizo demasiado calor para dormitar, volví a recoger mi embrollo y seguí desenredándolo. Ahora consideraba toda la guerra en su aspecto estructural –que era la estrategia–, en sus disposiciones –que era la táctica– y en los sentimientos de los habitantes –que era la psicología–, pues mi deber personal era el mando, y el comandante, lo mismo que el arquitecto, era el responsable de todo. La primera confusión era la falsa antítesis entre la estrategia, el propósito de la guerra, la visión sinóptica que consideraba cada parte en su relación con el todo, y la táctica, los medios utilizados para el fin estratégico, los diferentes peldaños de la escalera. Parecían sólo puntos de vista mediante los cuales debían examinarse los elementos de la guerra, los elementos algebraicos de las cosas, el elemento biológico de las vidas y los elementos psicológicos de las ideas.

El componente algebraico me pareció constituir una pura ciencia, sujeta a leyes matemáticas, inhumana. Trabajaba con variables conocidas, con condiciones fijadas, con el espacio y el tiempo, con cosas inorgánicas tales como montañas, climas y ferrocarriles, con masas humanas demasiado grandes para que se destacara la variedad individual, con todos los apoyos artificiales y los complementos dados a nuestras facultades por las invenciones mecánicas. Era algo esencialmente formulable.

Había aquí un comienzo pomposo, profesoral. Mi razón, hostil a lo abstracto, se refugió de nuevo en Arabia. Traducido al árabe, el factor algebraico tendría ante todo en cuenta la extensión que deseábamos liberar. Comencé así vanamente a calcular el número de millas cuadradas: sesenta, ochenta, cien, acaso ciento cuarenta mil millas cuadradas. ¿Y cómo defenderían todo esto los turcos? Sin duda mediante una línea atrincherada que cubriera el terreno

POR THOMAS EDWARD LAWRENCE



Guerra de guerrillas

EN UNA SOLA NOCHE DE DELIRIO, AQUEJADO POR LA FIEBRE Y LA DISENTERÍA, LAWRENCE DE ARABIA EDIFICÓ UNA TÁCTICA Y UNA ESTRATEGIA ACORDE A LA LUCHA QUE HABÍA EMPRENDIDO. DESPUÉS DE HACER UN INVENTARIO DE LAS ENSEÑANZAS DE DISTINTAS TEORÍAS DE LA GUERRA, ENCONTRÓ QUE NINGUNA LE SERVÍA. Y CREÓ LA PROPIA.

Durante unos diez días permanecí en aquella tienda sufriendo de una debilidad corporal que me obligó, hasta que hubo pasado mi vergüenza, a arrastrar y a esconder mi animalidad. Como ocurre en tales circunstancias, mi mente se despejó, mis sentidos se aguzaron y, por fin, comencé a pensar ordenadamente en la rebelión árabe como medio habitual de combatir mis sufrimientos. Debía de haber pensado en todos sus aspectos mucho tiempo antes, pero el desembarcar por vez primera en el Heyaz hubo una urgente necesidad de acción, de suerte que hicimos lo que mejor pareció a nuestro instinto, sin escudriñar el porqué y sin formularnos lo que realmente pretendíamos conseguir en última instancia. Se sobrepuso, pues, el instinto a todo, sin una base de conocimientos previos, y la reflexión se hizo intuitiva, femenina, hasta el punto de que ahora podía debilitar mi confianza. Por eso durante dicha forzada inactividad estuve buscando el equilibrio entre mis lecturas y mis actividades, empleando los intervalos que me concedían los agitados sueños en desenredar la maraña de nuestro presente.

Podía desgraciadamente dirigir cuanto quisiera de la campaña, pero carecía de práctica. En lo que toca a la teoría militar, estaba tolerablemente instruido, pues la curiosidad oxoniense me había llevado de Napoleón a Clausewitz y a su escuela, a Caemmerer, Moltke y los franceses más modernos. Todos ellos parecían unilaterales, y después de leer a Jomini y a Willisen encontré principios de mayor amplitud en Saxe, Guibert y el siglo XVIII. No obstante, Clausewitz era, desde el punto de vista intelectual, tan superior a todos ellos, su libro era tan lógico y atractivo que inconscientemente acepté sus tesis, hasta que una comparación entre Kuhne y Foch me hizo aborrecer los soldados, hastiándome de su gloria oficiosa y colocándome en actitud crítica frente a todo su saber. En todo caso, mi interés había sido abstracto, relacionado con la teoría y con la filosofía de la guerra, especialmente desde el punto de vista metafísico.

Pero sobre el terreno todo había sido concreto, particularmente el fatigoso problema de Medina, y con el fin de distraerme de ello comencé a recordar máximas apropiadas para la conducción de la moderna guerra científica. Pero estas máximas no eran adecuadas y acabaron por cansarme. Hasta este momento Medina había sido una obsesión para todos nosotros, pero ahora que estaba enfermo, su imagen me resultaba borrosa, ya fuera porque estábamos cerca de ella (raramente nos gusta lo asequible) o porque mis ojos se hubiesen ofuscado por la fija contemplación del propósito. Una tarde me desperté después de un agitado sueño, empapado en sudor y acribillado por las moscas, y me pregunté para qué diablos necesitábamos Medina. Su carácter nocivo había sido evidente cuando estábamos en Yenbo y los turcos iban a marchar sobre la Meca. Pero con nuestra marcha hacia Uejh habíamos logrado cambiar la situación. En la actualidad bloqueábamos el ferrocarril y el enemigo se limitaba a defenderlo. La guarnición de Medina, reducida a dimensiones inofensivas, estaba atrincherada, destruyendo su propia capacidad de movimiento al absorber los transportes que no podía ya mantener. Nosotros habíamos eliminado la posibilidad de que nos causaran algún daño y todavía nos preocupábamos de eliminar la ciudad. No era para nosotros una base como la de Uejh ni una amenaza como el Uadi Ais. ¿Para qué diablos la necesitábamos?

El campamento se estaba agitando después del letargo del mediodía; los ruidos del mundo exterior comenzaron a filtrarse hacia mí desde el forro amarillo de la tienda, cuyos agujeros y desgarraduras atravesaban los puñales de la luz solar. Oí el piafar y resoplar de los caballos que, importunados por las moscas, se agitaban a la sombra de los árboles, los lamentos de los camellos; el repique de los morteros de café; disparos distantes. Sobre este acompañamiento comencé a canturrear el objetivo de la guerra. Los libros lo concretaban: la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo por el único medio: la batalla. La victoria sólo podía ser comprada con sangre. Esto mal podía aplicarse a nuestro caso. Como los árabes no poseían fuerzas organizadas, un Foch turco carecería de objetivo. Los árabes no soportarían las bajas. ¿Cómo adquiriría su victoria nuestro Clausewitz? Von der Goltz pareció ahondar más en el asunto cuando dijo que era necesario no aniquilar al enemigo, sino quebrantar su moral. Pero nosotros no teníamos ninguna perspectiva de quebrantar la moral de nadie. Con todo, Goltz era una patraña. Todos esos hombres debían de hablar en metáfora, pues nosotros estábamos indudablemente ganando nuestra guerra, y, tras una sesuda reflexión, caí en la cuenta de que habíamos ganado la guerra del Heyaz. De cada mil millas cuadradas de terreno en el Heyaz estaban ahora libres novecientas noventa y nueve. La broma que le hice a Vickery, al decir que la rebelión se parecía más a una paz que a una guerra, ¿era tan verdadera como apresurada? En la guerra dominaba lo absoluto. Pero para la paz era suficiente la mayoría. Si reteníamos lo restante, en buena hora se quedaran los turcos con la menuda fracción en que se apoyaban hasta que la paz o el día del juicio les mostrara la inutilidad de adherirse al cristal de nuestra ventana.

Pacientemente aventé de nuevo las mismas moscas que se posaban sobre mi cara, contento de saber que habíamos terminado y ganado la guerra del Heyaz: que la hubiéramos ganado desde el día en que capturamos Uejh si hubiéramos tenido suficiente agudeza para comprenderlo. [...]

Mi comienzo doctrinal había sido consolador, pero fue abandonado por el momento a fin de descubrir alternativamente los fines y medios de la guerra. Nuestra lucha no se parecía al ritual del que Foch era un sacerdote. Lo recordé para establecer una diferencia esencial entre él y nosotros. En su guerra moderna –que llamaba guerra absoluta– dos naciones que profesaban filosofías incompatibles las sometían a la prueba de la fuerza. Desde el punto de vista filosófico, esto era idiota, pues mientras las opiniones podían ser discutidas, las convicciones necesitaban los tiros para ser curadas. Y la lucha solamente podía terminar cuando los defensores de uno de los principios inmateriales no dispusieran ya de más medios de resistencia contra los defensores del otro. Esto parecía una restauración para el siglo XX de las guerras religiosas, cuyo fin lógico era la completa destrucción de un credo y cuyos protagonistas creían que prevalecería el juicio de Dios. Eso podía ser cierto para Francia y Alemania, pero no representaba la actitud británica. Nuestro ejército no estaba conscientemente manteniendo una concepción filosófica en Flandes o en el Canal de Suez. Los esfuerzos realizados para hacer que nuestros hombres odiaran al enemigo daban usualmente por resultado que acabaran por odiar la lucha. En rigor, Foch había dejado fuera de combate a su propio argumento al decir que tal guerra dependía del reclutamiento en masa y que resultaba imposible para los ejércitos profesionales; el antiguo ejército seguía siendo el ideal británico y su modo de ser constituía la ambición de nuestros soldados. La guerra de Foch me parecía una mera variedad exterminadora, no más absoluta que cualquiera otra. Podía muy bien ser calificada de "guerra asesina". Clausewitz enumeraba toda clase de guerras... guerras personales, duelos por procuración, por razones dinásticas... guerras de expulsión, de partidos políticos... guerras comerciales... raramente una se parecía a la otra. Con frecuencia los contendientes desconocían sus propósitos y disparataban hasta que la marcha de los acontecimientos se sobreponía a ellos. La victoria solía inclinarse por el que tuviera la visión más clara, aun cuando la suerte y la inteligencia superior pudieran embrollar la ley inexorable de la naturaleza.

> "Una muerte individual puede producir un agujero momentáneo, como una piedra lanzada sobre el agua. Pero desde allí se extienden ondas de dolor".

Me preguntaba por qué Feisal quería combatir a los turcos y por qué los árabes le ayudaban, y advertí que su propósito era de carácter geográfico: arrojar a los turcos de todos los territorios asiáticos de lengua árabe. Su ideal pacífico de libertad solamente podía conseguirse de este modo. Persiguiendo las condiciones ideales podíamos dedicarnos a matar turcos porque nos desangraban mucho, pero la matanza era un lujo. Si se marchaban tranquilamente, la guerra terminaría. En caso contrario, los acosaríamos o intentaríamos expulsarlos. Como último recurso nos veríamos obligados a recurrir a un desesperado derramamiento de sangre y a seguir las máximas de la "guerra asesina", aunque al menor costo posible para nosotros, pues los árabes luchaban por la libertad y éste era un placer que solamente podía ser experimentado por un hombre vivo. La posteridad era algo demasiado frío para trabajar por ella, sin que importara hasta qué punto pudiera un hombre amar a sus propios hijos o a los ajenos. [...]

Cuando hizo demasiado calor para dormitar, volví a recoger mi embrollo y seguí desenredándolo. Ahora consideraba toda la guerra en su aspecto estructural –que era la estrategia–, en sus disposiciones –que era la táctica– y en los sentimientos de los habitantes –que era la psicología–, pues mi deber personal era el mando, y el comandante, lo mismo que el arquitecto, era el responsable de todo. La primera confusión era la falsa antítesis entre la estrategia, el propósito de la guerra, la visión sinóptica que consideraba cada parte en su relación con el todo, y la táctica, los medios utilizados para el fin estratégico, los diferentes peldaños de la escalera. Parecían sólo puntos de vista mediante los cuales debían examinarse los elementos de la guerra, los elementos algebraicos de las cosas, el elemento biológico de las vidas y los elementos psicológicos de las ideas.

El componente algebraico me pareció constituir una pura ciencia, sujeta a leyes matemáticas, inhumana. Trabajaba con variables conocidas, con condiciones fijadas, con el espacio y el tiempo, con cosas inorgánicas tales como montañas, climas y ferrocarriles, con masas humanas demasiado grandes para que se destacara la variedad individual, con todos los apoyos artificiales y los complementos dados a nuestras facultades por las invenciones mecánicas. Era algo esencialmente formulable.

Había aquí un comienzo pomposo, profesoral. Mi razón, hostil a lo abstracto, se refugió de nuevo en Arabia. Traducido al árabe, el factor algebraico tendría ante todo en cuenta la extensión que deseábamos liberar. Comencé así vanamente a calcular el número de millas cuadradas: sesenta, ochenta, cien, acaso ciento cuarenta mil millas cuadradas. ¿Y cómo defenderían todo esto los turcos? Sin duda mediante una línea atrincherada que cubriera el terreno en el caso de que llegásemos como un ejército con sus estandartes. Pero supongamos que fuéramos (como podríamos serlo) una influencia, una idea, algo intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, expandiéndonos como un gas. Los ejércitos podrían compararse a plantas, inmóviles, bien arraigadas, alimentadas a través de los tallos hasta su follaje. Nosotros podríamos ser como un vapor que se difunde dondequiera. Nuestro reino estaría en la mente de cada uno de nuestros hombres, y como no necesitaríamos de nada material para nutrirnos, no ofreceríamos nada material para la destrucción. Un soldado regular se halla desamparado sin un blanco, pues posee solamente el terreno que pisa y subyuga únicamente aquello que puede apuntar con su rifle.

Entonces imaginé cuántos hombres necesitarían para defender todo este territorio, para protegerlo contra nuestros ataques en profundidad, mientras la sedición levantara cabeza en cada una de esas cien mil millas cuadradas. Yo conocía exactamente el ejército turco, y aún concediéndole algo en virtud de la reciente extensión de su poder por medio de los aeroplanos, los cañones y los coches blindados (todo lo cual hacía de la tierra un más reducido campo de batalla) me parecía aún que tendrían necesidad de un puesto fortificado por cada cuatro millas cuadradas. Y un puesto no podría ser mantenido por menos de veinte hombres. En este caso, necesitarían seiscientos mil hombres para enfrentarse con la mala voluntad de los pueblos árabes, combinada con la activa hostilidad de unos cuantos fanáticos.

¿Cuántos de éstos tendríamos? En la actualidad disponíamos de unos cincuenta mil, suficientes por el momento. En este aspecto de la guerra, parecía que la cuenta estaba a nuestro favor. Si llegábamos a utilizar con inteligencia nuestras materias primas, el clima, el ferrocarril, el desierto y los armamentos técnicos podrían también apoyar nuestros intereses. Los turcos eran estúpidos; los alemanes que los guiaban, dogmáticos. Creían que la rebelión era absoluta como una guerra y la trataban por analogía. Pero la analogía en las cosas humanas es un embuste y hacer la guerra a una rebelión resulta tan embarazoso y lento como comer sopa con un cuchillo.

Y basta en lo tocante a las cosas concretas. Me desvié, pues de la episteme, el elemento matemático, y me adentré en la naturaleza del factor biológico dentro del mando. Su crisis me parecía constituir el elemento capital, el punto en que se decide la vida y la muerte o, por lo menos, el momento en que se produce el desgaste. Los filósofos de la guerra habían hecho de ésta un arte, y habían elevado un detalle –la "efusión de sangre"– al rango de algo esencial, propio de la humanidad durante la batalla, de un acto arrebatado que afectaba todos los aspectos de nuestro ser corporal. Se trataba de una línea de variabilidad. Pues al persistir como una levadura a través de todos los cálculos, el hombre los hace irregulares. Los factores de la lucha eran de carácter sensitivo e ilógico; en cambio, los generales preveían cualquier suceso imprevisto estableciendo reservas, el conocido expediente del arte militar. Goltz había dicho que, de conocerse la fuerza del enemigo y de hallarse ésta enteramente desplegada, podrían dejarse de emplear reservas. Pero esto no ocurría jamás. La posibilidad de un accidente, de alguna falla en los materiales estaba siempre en la mente del general, de modo que se utilizaban inconscientemente las reservas para precaverse.

El elemento "sentido" en las tropas, elemento no expresable mediante cifras, tenía que ser simplemente barruntado, como un equivalente de la doxa platónica. El más grande jefe era aquel cuyas intuiciones resultaban más afortunadas. Las nueve décimas partes de la táctica poseían la suficiente seguridad para poder ser enseñadas en las escuelas, pero la irracional décima parte restante era como el pez que se escurre a través de la laguna. Y ahí estaba la prueba suprema para los generales. Solamente podía ser atendida por el instinto (un instinto afinado con un pensamiento acostumbrado a la decisión fulminante, hasta que se convirtiera naturalmente en un reflejo). Había habido hombres cuya doxa había logrado tal perfección que a través de ello se alcanzaba la seguridad de la episteme. Los griegos podían haber llamado *noesis* a tal genio para el mando si se hubiesen tomado el trabajo de racionalizar la rebelión.

Como un balancín, mi espíritu volvía para aplicarnos tales reflexiones. Mas, pronto advirtió que los límites que se nos imponían no eran solamente los de la humanidad, sino también los del material empleado. En Turquía las cosas eran escasas y preciosas; los hombres eran menos apreciados que el equipo. Lo que debíamos hacer era destruir, no el ejército turco sino sus materiales. La destrucción de un puente o de una vía férrea turcos, de una ametralladora, de un cañón o de un depósito de explosivos era para nosotros más provechoso que la muerte de un turco. En el ejército árabe estábamos por el momento tan preocupados por los materiales como por los hombres. Los gobiernos veían sólo a los hombres formando masas, pero como nuestros hombres eran irregulares no constituían formaciones, sino individuos. Una muerte individual puede producir un agujero momentáneo, como una piedra lanzada sobre el agua. Pero desde allí se extienden ondas de dolor. Nosotros no podíamos permitirnos las bajas.

Más fácil era reemplazar los materiales. Nuestro plan de acción se basaba evidentemente en la obtención de superioridad en algún aspecto tangible: explosivos, ametralladoras o cualquier otra cosa que pudiera resultar decisiva. La ortodoxia había sentado la máxima válida para los hombres, de que había que tener superioridad en el punto crítico y en el momento del ataque. Nosotros debíamos tener superioridad en un momento dominante o en algún respecto particular, y a tal efecto teníamos que reconocer a la misma doctrina su aspecto negativo hasta el punto de llegar a ser más débiles que el enemigo en todo, excepto en un punto determinado. La decisión acerca del punto crítico sería siempre nuestra. La mayor parte de las guerras eran guerras de contacto, en las cuales ambos bandos se enfrentaban con el fin de evitar una sorpresa táctica. La nuestra sería una guerra de apartamiento. Ibamos a contener al enemigo mediante la callada amenaza de un vasto desierto desconocido y no íbamos a descubrirnos hasta el momento del ataque. Este sería nominal: no dirigido contra el enemigo, sino contra sus materiales, de tal suerte que no buscaría su fuerza o su flaqueza, sino sus más accesibles pertrechos. Cuando debiéramos cortar el ferrocarril, lo haríamos en un punto no ocupado por hombres; cuanto menos ocupado mayor sería el éxito táctico.

Debíamos convertir nuestros medios ordinarios en una norma invariable (no en una ley, pues la guerra era una antinomia) y desarrollar el hábito de no entablar jamás combate. Esto concordaría con el argumento numérico de no ofrecer nunca un blanco. Muchos de los turcos que cubrían nuestro frente no tuvieron en el curso de toda la guerra ninguna oportunidad de disparar contra nosotros. Y nosotros no estuvimos jamás a la defensiva, excepto accidentalmente y por error.

El corolario de tal norma era una "información" perfecta, de manera que pudiéramos elaborar nuestros planes con toda seguridad. El agente de información debía ser la cabeza del general; su comprensión debía ser intachable, no dejando resquicio para lo imprevisto.

Cuando está basada en el conocimiento, la moral de una tropa se destruye por la ignorancia. Estaríamos en una posición cómoda sabiendo todo acerca del enemigo. Debíamos preocuparnos más de la obtención de noticias que de cualquier otro servicio.

Estaba dando fin a mi tema. El factor algebraico estaba traducido a términos árabes y se ajustaba como un guante. Prometía victoria. El factor biológico nos había recomendado la adopción de una táctica más de acuerdo con el genio de nuestras tribus. Para acabar de modelarlo todo, faltaba el elemento psicológico. Recurrí a Jenofonte y le robé, por así decirlo, su palabra *diatética*, que había constituido el arte de Ciro.

Nuestra "propaganda" era un resultado innoble y maculado de ello. Era lo patético y casi lo ético en la guerra. Parte de ella concernía a la muchedumbre, a una adaptación de su espíritu a la situación en que pudiera resultar útil explotar su actividad y a la dirección previa de este espíritu cambiante con vistas a cierto fin. Parte de ella concernía al individuo y entonces se convertía en una rara modalidad de la bondad humana que trascendía, por su emoción deliberada, la gradual consecuencia lógica de la mente. Era más sutil que la táctica y merecía más la pena, porque se refería a materias que escapaban a todo control: a seres incapaces de ponerse bajo un mando directo. Consideraba las disposiciones de ánimo de nuestros hombres, sus complejidades, su mutabilidad, y se proponía cultivar todas aquellas que prometían ser útiles para nuestros propósitos. Teníamos que disponer sus espíritus en orden de batalla tan cuidadosa y formalmente como otros oficiales dispondrían en tal orden sus cuerpos. Y no sólo los espíritus de nuestros hombres, aun cuando ellos estuvieran, naturalmente, en primer término. Debíamos también disponer convenientemente los espíritus del enemigo en la medida en que pudiéramos influir sobre ellos. Y luego los espíritus de la nación que nos apoyaba detrás de la línea de fuego, pues más de la mitad de la batalla se desarrollaba en la retaguardia; finalmente, los espíritus de la nación enemiga que aguardaba el veredicto y el de los neutrales que nos contemplaban. Era una serie de círculos que se iban extendiendo. Había muchos límites materiales humillantes, pero no imposibilidades morales, de modo que el alcance de nuestras actividades diatéticas era ilimitado. De ello dependíamos principalmente para obtener los medios de alcanzar una victoria en el frente árabe. Su novedad constituía nuestra ventaja. La imprenta y todo método recién descubierto de comunicación favorecían más lo intelectual que lo físico: la civilización pagaba al espíritu siempre a base de los bienes del cuerpo. Soldados de kindergarten, estábamos comenzando nuestro arte bélico en la atmósfera del siglo XX, estábamos recibiendo nuestra armas sin prejuicios. Para los oficiales regulares, con una tradición de cuarenta generaciones de servicio, las armas anticuadas eran las más respetadas. Como nosotros teníamos raras veces que preocuparnos de lo que hacían nuestros hombres, pero siempre de lo que pensaban, la diatética sería para nosotros más de la mitad del mando. En Europa se había descuidado, confiándose a hombres colocados fuera del Estado Mayor Central. En Asia, los elementos regulares eran tan débiles que los irregulares no podían permitir que las armas metafísicas se enmohecieran.

Batallar en Arabia era un error, pues así nos aprovechábamos sólo de las municiones que el enemigo disparaba. Napoleón ha dicho que es raro encontrar generales dispuestos a entablar batallas, pero lo maldito de esta guerra era que pocos querían hacer otra cosa. Saxe nos ha dicho que las batallas irracionales constituyen el refugio de los imbéciles: más bien me parecen imposiciones sobre el lado que se cree a sí mismo más débil, azares inevitables por falta de espacio o por la necesidad de defender una propiedad material más cara que las vidas de los soldados. Nosotros no teníamos nada material que perder, de modo que nuestro mejor sistema era no defender nada y no disparar contra nada. Nuestros triunfos eran la velocidad y el tiempo, y no la facultad de dar golpes al enemigo. La invención de la carne en conserva nos había sido de más provecho que la de la pólvora, pero nos proporcionaba más fuerza estratégica que táctica, pues en Arabia la distancia era superior a la fuerza y el espacio superior al poder de los ejércitos. [...]

Me parecía evidente que nuestra rebelión tenía una base inexpugnable, protegida no sólo contra todo ataque, sino también contra todo temor a un ataque. Tenía un enemigo viciado, distribuido como un ejército de ocupación sobre una superficie mayor de la que podía ser efectivamente dominada desde puestos fortificados. Tenía una población amiga, un dos por ciento de la cual era activa y el resto manifestaba una simpatía callada, al punto de no traicionar los movimientos de la minoría. Los rebeldes activos poseían las virtudes de la reserva y del dominio de sí mismos, así como las cualidades de la rapidez, la resistencia y la independencia respecto de las arterias de suministro. Disponían de equipo técnico capaz de paralizar las comunicaciones enemigas. Se ganaría una provincia cuando enseñáramos a sus civiles a morir por nuestro ideal. La presencia del enemigo era secundaria. La victoria final parecía cierta si la guerra duraba el tiempo suficiente para permitirnos trabajar por ella.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LOS SIETE PIRALES DE LA SABIDURÍA*, POR T. E. LAWRENCE. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDITORIAL SUR.

EN UNA SOLA NOCHE DE DELIRIO, AQUEJADO POR LA FIEBRE Y LA DISENTERÍA, LAWRENCE DE ARABIA EDIFICÓ UNA TÁCTICA Y UNA ESTRATEGIA ACORDE A LA LUCHA QUE HABÍA EMPRENDIDO. DESPUÉS DE HACER UN INVENTARIO DE LAS ENSEÑANZAS DE DISTINTAS TEORÍAS DE LA GUERRA, ENCONTRÓ QUE NINGUNA LE SERVÍA. Y CREÓ LA PROPIA.

en el caso de que llegásemos como un ejército con sus estandartes. Pero supongamos que fuéramos (como podríamos serlo) una influencia, una idea, algo intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, expandiéndonos como un gas. Los ejércitos podrían compararse a plantas, inmóviles, bien arraigadas, alimentadas a través de los tallos hasta su follaje. Nosotros podríamos ser como un vapor que se difunde dondequiera. Nuestro reino estaría en la mente de cada uno de nuestros hombres, y como no necesitaríamos de nada material para nutrirnos, no ofreceríamos nada material para la destrucción. Un soldado regular se halla desamparado sin un blanco, pues posee solamente el terreno que pisa y subyuga únicamente aquello que puede apuntar con su rifle.

Entonces imaginé cuántos hombres necesitarían para defender todo este territorio, para protegerlo contra nuestros ataques en profundidad, mientras la sedición levantara cabeza en cada una de esas cien mil millas cuadradas. Yo conocía exactamente el ejército turco, y aún concediéndole algo en virtud de la reciente extensión de su poder por medio de los aeroplanos, los cañones y los coches blindados (todo lo cual hacía de la tierra un más reducido campo de batalla) me parecía aún que tendrían necesidad de un puesto fortificado por cada cuatro millas cuadradas. Y un puesto no podría ser mantenido por menos de veinte hombres. En este caso, necesitarían seiscientos mil hombres para enfrentarse con la mala voluntad de los pueblos árabes, combinada con la activa hostilidad de unos cuantos fanáticos.

¿Cuántos de éstos tendríamos? En la actualidad disponíamos de unos cincuenta mil, suficientes por el momento. En este aspecto de la guerra, parecía que la cuenta estaba a nuestro favor. Si llegábamos a utilizar con inteligencia nuestras materias primas, el clima, el ferrocarril, el desierto y los armamentos técnicos podrían también apoyar nuestros intereses. Los turcos eran estúpidos; los alemanes que los guiaban, dogmáticos. Creían que la rebelión era absoluta como una guerra y la trataban por analogía. Pero la analogía en las cosas humanas es un embuste y hacer la guerra a una rebelión resulta tan embarazoso y lento como comer sopa con un cuchillo.

Y basta en lo tocante a las cosas concretas. Me desvié, pues de la episteme, el elemento matemático, y me adentré en la naturaleza del factor biológico dentro del mando. Su crisis me parecía constituir el elemento capital, el punto en que se decide la vida y la muerte o, por lo menos, el momento en que se produce el desgaste. Los filósofos de la guerra habían hecho de ésta un arte, y habían elevado un detalle –la "efusión de sangre"– al rango de algo esencial, propio de la humanidad durante la batalla, de un acto arrebatado que afectaba todos los aspectos de nuestro ser corporal. Se trataba de una línea de variabilidad. Pues al persistir como una levadura a través de todos los cálculos, el hombre los hace irregulares. Los factores de la lucha eran de carácter sensitivo e ilógico; en cambio, los generales preveían cualquier suceso imprevisto estableciendo reservas, el conocido expediente del arte militar. Goltz había dicho que, de conocerse la fuerza del enemigo y de hallarse ésta enteramente desplegada, podrían dejarse de emplear reservas. Pero esto no ocurría jamás. La posibilidad de un accidente, de alguna falla en los materiales estaba siempre en la mente del general, de modo que se utilizaban inconscientemente las reservas para precaverse.

El elemento "sentido" en las tropas, elemento no expresable mediante cifras, tenía que ser simplemente barruntado, como un equivalente de la doxa platónica. El más grande jefe era aquel cuyas intuiciones resultaban más afortunadas. Las nueve décimas partes de la táctica poseían la suficiente seguridad para poder ser enseñadas en las escuelas, pero la irracional décima parte restante era como el pez que se escurre a través de la laguna. Y ahí estaba la prueba suprema para los generales. Solamente podía ser atendida por el instinto (un instinto afinado con un pensamiento acostumbrado a la decisión fulminante, hasta que se convirtiera naturalmente en un reflejo). Había habido hombres cuya doxa había logrado tal perfección que a través de ello se alcanzaba la seguridad de la episteme. Los griegos podían haber llamado *noesis* a tal genio para el mando si se hubiesen tomado el trabajo de racionalizar la rebelión.

Como un balancín, mi espíritu volvía para aplicarnos tales reflexiones. Mas, pronto advirtió que los límites que se nos imponían no eran solamente los de la humanidad, sino también los del material empleado. En Turquía las cosas eran escasas y preciosas; los hombres eran menos apreciados que el equipo. Lo que debíamos hacer era destruir, no el ejército turco sino sus materiales. La destrucción de un puente o de una vía férrea turcos, de una ametralladora, de un cañón o de un depósito de explosivos era para nosotros más provechoso que la muerte de un turco. En el ejército árabe estábamos por el momento tan preocupados por los materiales como por los hombres. Los gobiernos veían sólo a los hombres formando masas, pero como nuestros hombres eran irregulares no constituían formaciones, sino individuos. Una muerte individual puede producir un agujero momentáneo, como una piedra lanzada sobre el agua. Pero desde allí se extienden ondas de dolor. Nosotros no podíamos permitirnos las bajas.

Más fácil era reemplazar los materiales. Nuestro plan de acción se basaba evidentemente en la obtención de superioridad en algún aspecto tangible: explosivos, ametralladoras o cualquier otra cosa que pudiera resultar decisiva. La ortodoxia había sentado la máxima válida para los hombres, de que había que tener superioridad en el punto crítico y en el momento del ataque. Nosotros debíamos tener superioridad en un momento dominante o en algún respecto particular, y a tal efecto teníamos que reconocer a la misma doctrina su aspecto negativo hasta el punto de llegar a ser más débiles que el enemigo en todo, excepto en un punto determinado. La decisión acerca del punto crítico sería siempre nuestra. La mayor parte de las guerras eran guerras de contacto, en las cuales ambos bandos se enfrentaban con el fin de evitar una sorpresa táctica. La nuestra sería una guerra de apartamiento. Ibamos a contener al enemigo mediante la callada amenaza de un vasto desierto desconocido y no íbamos a descubrirnos hasta el momento del ataque. Este sería nominal: no dirigido contra el enemigo, sino contra sus materiales, de tal suerte que no buscaría su fuerza o su flaqueza, sino sus más accesibles pertrechos. Cuando debiéramos cortar el ferrocarril, lo haríamos en un punto no ocupado por hombres; cuanto menos ocupado mayor sería el éxito táctico.

Debíamos convertir nuestros medios ordinarios en una norma invariable (no en una ley, pues la guerra era una antinomia) y desarrollar el hábito de no entablar jamás combate. Esto concordaría con el argumento numérico de no ofrecer nunca un blanco. Muchos de los turcos que cubrían nuestro frente no tuvieron en el curso de toda la guerra ninguna oportunidad de disparar contra nosotros. Y nosotros no estuvimos jamás a la defensiva, excepto accidentalmente y por error.

El corolario de tal norma era una "información" perfecta, de manera que pudiéramos elaborar nuestros planes con toda seguridad. El agente de información debía ser la cabeza del general; su comprensión debía ser intachable, no dejando resquicio para lo imprevisto.

Cuando está basada en el conocimiento, la moral de una tropa se destruye por la ignorancia. Estaríamos en una posición cómoda sabiendo todo acerca del enemigo. Debíamos preocuparnos más de la obtención de noticias que de cualquier otro servicio.

Estaba dando fin a mi tema. El factor algebraico estaba traducido a términos árabes y se ajustaba como un guante. Prometía victoria. El factor biológico nos había recomendado la adopción de una táctica más de acuerdo con el genio de nuestras tribus. Para acabar de modelarlo todo, faltaba el elemento psicológico. Recurrí a Jenofonte y le robé, por así decirlo, su palabra *diatética*, que había constituido el arte de Ciro.

Nuestra "propaganda" era un resultado innoble y maculado de ello. Era lo patético y casi lo ético en la guerra. Parte de ella concernía a la muchedumbre, a una adaptación de su espíritu a la situación en que pudiera resultar útil explotar su actividad y a la dirección previa de este espíritu cambiante con vistas a cierto fin. Parte de ella concernía al individuo y entonces se convertía en una rara modalidad de la bondad humana que trascendía, por su emoción deliberada, la gradual consecuencia lógica de la mente. Era más sutil que la táctica y merecía más la pena, porque se refería a materias que escapaban a todo control: a seres incapaces de ponerse bajo un mando directo. Consideraba las disposiciones de ánimo de nuestros hombres, sus complejidades, su mutabilidad, y se proponía cultivar todas aquellas que prometían ser útiles para nuestros propósitos. Teníamos que disponer sus espíritus en orden de batalla tan cuidadosa y formalmente como otros oficiales dispondrían en tal orden sus cuerpos. Y no sólo los espíritus de nuestros hombres, aun cuando ellos estuvieran, naturalmente, en primer término. Debíamos también disponer convenientemente los espíritus del enemigo en la medida en que pudiéramos influir sobre ellos. Y luego los espíritus de la nación que nos apoyaba detrás de la línea de fuego, pues más de la mitad de la batalla se desarrollaba en la retaguardia; finalmente, los espíritus de la nación enemiga que aguardaba el veredicto y el de los neutrales que nos contemplaban. Era una serie de círculos que se iban extendiendo. Había muchos límites materiales humillantes, pero no imposibilidades morales, de modo que el alcance de nuestras actividades diatéticas era ilimitado. De ello dependíamos principalmente para obtener los medios de alcanzar una victoria en el frente árabe. Su novedad constituía nuestra ventaja. La imprenta y todo método recién descubierto de comunicación favorecían más lo intelectual que lo físico: la civilización pagaba al espíritu siempre a base de los bienes del cuerpo. Soldados de kindergarten, estábamos comenzando nuestro arte bélico en la atmósfera del siglo XX, estábamos recibiendo nuestra armas sin prejuicios. Para los oficiales regulares, con una tradición de cuarenta generaciones de servicio, las armas anticuadas eran las más respetadas. Como nosotros teníamos raras veces que preocuparnos de lo que hacían nuestros hombres, pero siempre de lo que pensaban, la diatética sería para nosotros más de la mitad del mando. En Europa se había descuidado, confiándose a hombres colocados fuera del Estado Mayor Central. En Asia, los elementos regulares eran tan débiles que los irregulares no podían permitir que las armas metafísicas se enmohecieran.

Batallar en Arabia era un error, pues así nos aprovechábamos sólo de las municiones que el enemigo disparaba. Napoleón ha dicho que es raro encontrar generales dispuestos a entablar batallas, pero lo maldito de esta guerra era que pocos querían hacer otra cosa. Saxe nos ha dicho que las batallas irracionales constituyen el refugio de los imbéciles: más bien me parecen imposiciones sobre el lado que se cree a sí mismo más débil, azares inevitables por falta de espacio o por la necesidad de defender una propiedad material más cara que las vidas de los soldados. Nosotros no teníamos nada material que perder, de modo que nuestro mejor sistema era no defender nada y no disparar contra nada. Nuestros triunfos eran la velocidad y el tiempo, y no la facultad de dar golpes al enemigo. La invención de la carne en conserva nos había sido de más provecho que la de la pólvora, pero nos proporcionaba más fuerza estratégica que táctica, pues en Arabia la distancia era superior a la fuerza y el espacio superior al poder de los ejércitos. [...]

Me parecía evidente que nuestra rebelión tenía una base inexpugnable, protegida no sólo contra todo ataque, sino también contra todo temor a un ataque. Tenía un enemigo viciado, distribuido como un ejército de ocupación sobre una superficie mayor de la que podía ser efectivamente dominada desde puestos fortificados. Tenía una población amiga, un dos por ciento de la cual era activa y el resto manifestaba una simpatía callada, al punto de no traicionar los movimientos de la minoría. Los rebeldes activos poseían las virtudes de la reserva y del dominio de sí mismos, así como las cualidades de la rapidez, la resistencia y la independencia respecto de las arterias de suministro. Disponían de equipo técnico capaz de paralizar las comunicaciones enemigas. Se ganaría una provincia cuando enseñáramos a sus civiles a morir por nuestro ideal. La presencia del enemigo era secundaria. La victoria final parecía cierta si la guerra duraba el tiempo suficiente para permitirnos trabajar por ella.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LOS SIETE PILARES DE LA SABIDURÍA*, POR T. E. LAWRENCE. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDITORIAL SUR.

PINTORES INSPIRADOS

Tras ver el cuadro "El pájaro y el niño celeste", de Vázquez Díaz, estos artistas empuñaron los pinceles y produjeron sus obras. Deduzca cómo se titula cada una.

1. El grillo no está en manos de la matrona, sino del personaje vestido de blanco (que no fue pintado por Gómez ni por el otro que retrató a la doncella).
2. Juárez pintó un camaleón y López, un personaje femenino vestido de verde.
3. El payaso, que no viste de azul, sostiene un loro.
4. No es la doncella quien sostiene un lechón.

		EL: Camaleón	EL: Grillo	EL: Lechón	EL: Loro	Y: El payaso	Y: El viejo	Y: La doncella	Y: La matrona	COLOR: Azul	COLOR: Blanco	COLOR: Negro	COLOR: Verde
PINTOR	Gómez												
PINTOR	Juárez												
PINTOR	López												
PINTOR	Yáñez												
COLOR	Azul												
COLOR	Blanco												
COLOR	Negro												
COLOR	Verde												
Y	El payaso												
Y	El viejo												
Y	La doncella												
Y	La matrona												

PINTOR	EL	Y	COLOR

Telar

Complete las palabras, colocando los grupos de dos letras que se dan al pie. Las letras insertadas, leídas de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, formarán una frase.

			▼	▼			
1	R	E			V	A	R
2	F	L			I	O	N
3	E	M			I	O	N
4	I	N			N	S	O
5	I	M			C	T	O
6	I	N			G	N	E
7	L	E			E	R	A
8	S	U			N	D	O
9	D	I			R	A	Z
10	O	P			S	T	O
11	C	E			E	Z	A
12	A	C			U	I	A
13	A	H			C	A	R
14	C	E			D	O	R
15	Z	A			D	O	R
16	D	I			M	I	L
17	E	C			O	M	O
18	E	N			B	L	E
19	D	E			T	O	R
20	E	M			Z	A	R
21	M	E			C	E	R
22	C	A			D	O	R

DE - EQ - EX - IS - LA - LA - MA - NO - ON - ON - PA - PA - PE - RE - RT - SF - SI - SI - TE - UE - UE - ZA.

Cruzex

Acomode las palabras de la lista en el diagrama, de manera que se crucen correctamente.

4 Letras
Anco
Apis
Area
Aval
Azar
Cine
José
Loto
Oleo
Real
Rifa
Roen
Tiro

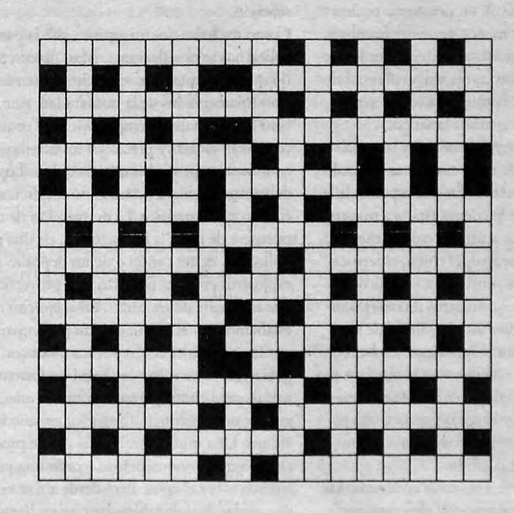
5 Letras
Extra
Islam
Libad
Llama
Morar
Risas
Rubio
Tecla
Torre
Ungir
Usted
Valle

6 Letras
Agarra
Carnet
Fausto
Morgue
Omegas
Wilson

7 Letras
Alcazar
Arneses
Arrulla
Galones
General
Iceberg
Intento
Militar
Ocarina
Resigno
Retiran
Rosario
Sesenta
Ultraje
Usurero

8 Letras
Acordada
Rebotaba
Serenata

9 Letras
Explosión
Funicular
Lisonjero
Subestima





Soluciones

Cruzex

F	U	N	I	C	U	L	A	R	■	A	■	R	■	C	■	A
■	S	■	C	■	L	■	■	E	X	P	L	O	S	I	O	N
S	U	B	E	S	T	I	M	A	■	I	■	E	■	N	■	C
■	R	■	B	■	R	■	■	L	I	S	O	N	J	E	R	O
S	E	R	E	N	A	T	A	■	S	■	L	■	Ó	■	I	■
■	R	■	R	■	J	■	V	A	L	L	E	■	S	■	F	■
M	O	R	G	U	E	■	A	■	A	■	O	M	E	G	A	S
O	■	I	■	N	■	L	L	A	M	A	■	I	■	E	■	E
R	E	S	I	G	N	O	■	L	■	G	A	L	O	N	E	S
A	■	A	■	I	■	T	E	C	L	A	■	I	■	E	■	E
R	O	S	A	R	I	O	■	A	■	R	E	T	I	R	A	N
■	C	■	R	■	N	■	A	Z	A	R	■	A	■	A	■	T
C	A	R	N	E	T	■	■	A	■	A	R	R	U	L	L	A
■	R	■	E	■	E	X	T	R	A	■	U	■	S	■	I	■
W	I	L	S	O	N	■	I	■	R	E	B	O	T	A	B	A
■	N	■	E	■	T	O	R	R	E	■	I	■	E	■	A	■
F	A	U	S	T	O	■	O	■	A	C	O	R	D	A	D	A

Pintores Inspirados

Gómez, "El loro y el payaso negro".
Juárez, "El camaleón y la doncella azul".
López, "El lechón y la matrona verde".
Yáñez, "El grillo y el viejo blanco".

Telar

1. RENOVAR / 2. FLEXION / 3. EMISION / 4. INTENSO / 5. IMPACTO / 6. INSIGNE / 7. LEONERA / 8. SUMANDO / 9. DISFRAZ / 10. OPUESTO / 11. CERTEZA / 12. ACEQUIA / 13. AHUECAR / 14. CELADOR / 15. ZAPADOR / 16. DISIMIL / 17. ECONOMO / 18. ENDEBLE / 19. DELATOR / 20. EMPEZAR / 21. MERECER / 22. CAZADOR.
"No existe pasión más fuerte que la pasión de la pereza." Samuel Beckett.

